

JUAN ANTONIO
MASOLIVER RÓDENAS

DESDE MI CELDA
MEMORIAS

BARCELONA 2019



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Juan Antonio Masoliver Ródenas
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-66-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 851-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Sònia, mi compañía en la soledad de la escritura.

Ed è subito sera.

SALVATORE QUASIMODO

Desde muy pequeño me fascinaban las letras, la tinta, el papel. El papel en blanco y la posibilidad de llenarlo de letras. Nunca de dibujos. Yo no sabía dibujar. Yo sabía escribir. Cuando podía arrancaba algunas hojas de los blocs de mis hermanos mayores y luego me iba al «gallinero» a contemplar las páginas en blanco, unas veces cuadriculadas, otras rayadas, y empezaba a escribir palabras. Ya en el colegio, iba a la oficina de material escolar a pedir cuadernos que luego apuntaban en la cuenta. Mi padre nunca me dijo nada, aunque tampoco veía los cuadernos porque yo los escondía. No quería que me viesen escribir. Era un secreto o, más que un secreto, mi mundo secreto.

El padre de un compañero mío de curso, Juan Antonio Parés Bauçà, trabajaba en una fábrica de papel en Portugal. De vez en cuando me traía un paquete de quinientas hojas de un papel entre ocre y amarillo. Nunca he apreciado tanto un regalo y nunca he atesorado tanto papel, ni siquiera ahora que lo guardo obsesivamente en un pequeño armario como quien colecciona tortillas, yo sé lo que me digo. Fue a partir de entonces cuando empecé a escribir de verdad. Y la atracción por el papel y por la tinta (colecciono plumas estilográficas) me llevó a la escritura. Empecé a escribir de verdad con el papel de Parés Bauçà. No escribía para mí ni para los demás. Es verdad que al salir del colegio—tendría entonces unos catorce años—iba con Mario Páez a la Diagonal, nos sentábamos en un banco y yo le leía unos poemas sin preocuparme demasiado si le interesaban, le aburrían—lo más probable—, le irritaban o le dejaban indiferente. Recuerdo, sí, mi entusiasmo y su educada cara de póker.

Escribía poemas desde los once años porque vi los que escribía mi hermano Bartolo, tres años mayor que yo. Incluso intentaba imitar su letra, como si los poemas se tuviesen que escribir con sólo un tipo de letra. Pronto entendí que lo de mi hermano no eran poemas, él sólo quería ser poeta. Tampoco lo mío eran poemas, pero no me importaba, y los seguí escribiendo porque lo que yo quería era simplemente escribir, de la misma manera que años más tarde empecé a aprender solfeo porque también me gustaba escribir las misteriosas notas musicales. Y así ha sido todo en mi vida. Nunca he pretendido ser escritor. Yo quería escribir. Y es lo que he querido siempre. Y nunca me he considerado escritor, aunque al ir publicando libros te convierten en uno de ellos. Por eso estas memorias no quieren ser las memorias de un escritor. No están dirigidas a mí ni a nadie. Lo que quiero es escribir, y del mismo modo que empecé a aprender solfeo, después de traducir, escribir reseñas, artículos, ensayos, cuentos, novelas y poemas, he decidido escribir estas memorias. Arrastrado por las teclas que se convierten en letras y las letras en palabras, puedo ser fiel a los siempre infieles recuerdos o simplemente inventar, no para cultivar la imaginación sino por inventar mi propia vida, mejorarla o empeorarla, pero hacerla distinta, una vida surgida del papel en blanco que yo voy rellenando para así poder estrenar otra hoja en blanco. Y éste es el origen, el final y la finalidad—si tiene alguna—de estas memorias que no lo son. Porque nada en mi vida ha sido lo que debía ser sino lo que quería ser.

Unas memorias no están jamás acabadas ni son completas nunca. Las releemos y nos damos cuenta de que nos hemos dejado cosas que nos marcaron para siempre pero no advertimos en el momento de escribir, pues la escritura se

atiene a otros mecanismos. Unas palabras nos llevan a otras y no nos detenemos para evitar que no nos lleven a ningún lado. Y mientras escribimos nos invade una gran inseguridad o un cúmulo de inseguridades. ¿A quién nos dirigimos? ¿A nosotros mismos? ¿Qué sentido tiene contarnos lo que ya sabemos? Y si nos dirigimos a otros, ¿a quiénes? ¿A cualquier tipo de lector? ¿Tan interesante es nuestra vida? Interesante para los demás, quiero decir. Y, en la necesidad de atraer a este lector al que ni siquiera conocemos, acabamos por falsear la verdad para hacerla más atractiva. O es la misma memoria la que lo deforma todo. Los recuerdos son siempre arbitrarios. En mi familia numerosa—cada vez menos, ay—todos recordamos de manera distinta hechos que vivimos juntos. Los interrogantes son tantos que opto por regresar a mi infancia: escribo porque me gusta escribir, sin ir más lejos. Y dado que la infancia tiene aquí una presencia tan fuerte, me siento a gusto y cercano a esa libertad que tanto he buscado siempre.

Y hay otro problema más real. Todos mis escritos (poemas, cuentos, novelas) están llenos de vivencias personales que no podría borrar aunque quisiese y que lo invaden todo. Sin embargo, en las obras de creación el motor es la imaginación, la invención, y aquello que seduce al lector no es lo que realmente hemos vivido sino, precisamente, lo que no hemos vivido, una realidad paralela. En las memorias la fidelidad a los hechos es fundamental. No tendría sentido escribir para engañarnos a nosotros mismos. Así, las niñas enseñando el culo delante de mi casa es un hecho real que, dentro de la ficción, tiene una función totalmente distinta que en una autobiografía.

Mi vida no es más interesante que otras, pero es el testimonio de un ser humano que, sin necesidad de haber vivido grandes aventuras, concibe la vida como una aventura, porque lo es desde el momento mismo en que nacemos. He

amado como todos, he sufrido, a veces muy intensamente, como todos, pero mi amor sólo lo he vivido yo y es intransferible, como lo es el sufrimiento. Por otro lado, cada vida es irrepetible. ¿Qué es lo que hacemos cuando conocemos a alguien que se convierte en un amigo? Contarle nuestra vida e interesarnos por la suya. Y lo mismo ocurre con el amor.

Otro problema es si mantenemos o no la linealidad narrativa. El orden cronológico nos ha sido impuesto desde que nacemos. Nos lo imponen los relojes (tu hora, reloj, no es la mía, nos recuerda Machado), nos lo impone la biología, nos lo imponen en las escuelas, con la Historia empeñada en que la vida es evolución y progreso. Hablamos del Paleolítico—del que casi no sabemos nada—con desprecio y vamos al zoológico a reírnos de los monos, olvidando que son nuestros abuelos. Y nos gustan las novelas en las que van ocurriendo cosas hasta llegar al desenlace. Y, sin embargo, este orden desaparece a la hora de recordar, de pensar, de soñar, que son las actividades más importantes de nuestra existencia. ¿Es posible recobrar esta libertad o, mejor dicho, encontrarla, puesto que se nos ha reprimido desde el primer minuto en que llegamos al mundo? Y todo está marcado por «grandes» acontecimientos, el cumpleaños, el santo, la Semana Santa, Navidad, Año Nuevo, la primera comunión, el matrimonio, el divorcio. Nacimiento, infancia, pubertad, adolescencia, madurez, vejez. Y si yo ahora cuento libremente, ¿se me entenderá? Porque la escritura es, esencialmente, comunicación.

La falta de respuestas ante tanto interrogante me conduce a la única respuesta posible: escribir estas memorias sin prejuicios, sin intención de ofender pero sin por ello negar el rencor, más cercano a la verdad que el halago. El sexo tiene aquí una importancia notoria, pero no su exhibición. Los hombres nos creemos que seducimos cuando en reali-

dad somos seducidos. Hablamos de nuestros divorcios sin aceptar lo que hay de fracaso: construir una vida a veces a lo largo de muchos años para luego destruirla en un instante; ver como negativo lo que en un momento determinado fue positivo; no aceptar nuestra parte de responsabilidad o de irresponsabilidad. Es cierto que son muchos los factores que llevan al matrimonio, el amor está lleno de trampas. Como lo está la atracción sexual o la atracción social. En cualquier caso, en las memorias suele haber una tendencia a querer ajustar cuentas. Yo no quiero ajustar nada. Quiero explicar lo que cada una de las personas que he conocido han representado en mi vida. Y si la experiencia ha sido negativa, voy a dejar constancia como la dejaré cuando ha sido positiva. Y del mismo modo que exijo que los demás acepten cómo soy, me exijo respetar a los demás. Trato de evitar los lugares comunes, de categorizar lo que es superior y lo que es inferior: ser guapo o feo, alto o bajo, conservador o progresista, tonto o inteligente son formas que tenemos de imponernos a los demás, de reírnos de los demás. En España todo el mundo ríe mucho y por eso creemos que somos un pueblo más feliz que, por ejemplo, los escandinavos, que se pasan el día tiritando de frío, perdidos en la oscuridad, y que acaban suicidándose. Reímos, comemos, eructamos, nos tocamos los huevos, creyendo así que vivimos intensamente: eso explica que el nuestro sea un país en el que casi nadie escribe sus memorias ni lee las ajenas. Y si las leemos es para ver a quién hemos destrozado. Con cuanta más saña, mejor. Debo decir que cada vez que hablo mal de alguien sólo es porque me he sentido traicionado. Y lo hago con enorme pesar. Porque sé que el más cabrón de los seres humanos tiene sentimientos como yo, que comparte con otros seres. Por otro lado, insisto en un principio básico: no hay escritura sin libertad, lo cual no significa que uno tenga derecho a ofender injustamente.

Por último, si título estas memorias *Desde mi celda* es porque, si bien es cierto que he vivido agitadamente tantas y tantas etapas de mi vida, a mi regreso de Londres, la ciudad que me ha hecho, he decidido recluirme como un aristócrata o un ácrata jubilado, para empezar una vida de reflexión y contemplación. Contemplo el cielo de innumerables luces adornado, como Fray Luis de León, y me recluyo en mi celda—en este caso mi casa en El Masnou—como hizo Gustavo Adolfo Bécquer.

Nuestras vidas están condicionadas por los espacios en los que hemos vivido, en cada uno de ellos rodeados de gente muy distinta y de costumbres—lo que algunos llaman culturas—igualmente distintas. Aunque en mi partida de nacimiento consta que nací en una clínica del número 154 de la calle Torrent de les Flors (antaoño llamada calle de Torrente Flores), del barrio de Gràcia, de padres domiciliados oficialmente en el 125 de la Rambla de Cataluña de Barcelona, la realidad es que durante la guerra civil mi padre había sido enfermero y en El Masnou encontró la casa de la carretera de Teyá, donde posiblemente fui a vivir yo recién nacido. Ocurre cuando somos jóvenes que no nos importa el pasado, o no me importaba a mí, ni me preocupé mucho por la fecha en la que llegué allí. Ahora no tengo a nadie a quien preguntárselo: o han muerto, o han perdido la memoria, o tampoco ellos se lo han preguntado. Pero todo indica que para bien y para mal soy masnouense, y de allí son mis primeras experiencias. A los nueve años me fui a vivir con mis abuelos paternos al piso de Rambla de Cataluña, y en El Masnou me convertí en un veraneante, o sea, en un niño pijo. A mi hermano mayor lo habían golpeado unos falangistas, a mí me quitaron el carnet de estudiante de Derecho, y en una reunión de familia decidieron que es-

taría a salvo si iba a vivir con mi tío Juan Ramón a Vallençana. Es decir, a un nuevo espacio.

Si el mes y pico en Perugia me sirvió para apreciar intensamente qué significaba vivir lejos de la opresión del franquismo, el año de lector en la Universidad de Génova me ayudó a tomar la decisión de no vivir en España ni en Barcelona. Me convertí en un apátrida y un *apatriota*. En Italia pasaría largas temporadas con la familia de Chandra, mi primera mujer, inglesa, pero con la que nos hablábamos en italiano. Mientras tanto, había hecho numerosas visitas a París, donde vivían mis amigos Benet Rossell y Antonio Urrutia, y luego al sur de Francia (Mougins), donde tenía un taller mi primer suegro, escultor. Pero en ningún sitio tuve la sensación de encontrarme a mí mismo como en Londres, donde—con la excepción de dos años que pasé en el Trinity College de Dublín—viví cuarenta años. Mis visitas a México, al principio enviado por el departamento de Lenguas de lo que sería la Universidad de Westminster, se hicieron también frecuentes, como lo serían a Buenos Aires. Todos estos lugares—y volveré a ellos en el momento oportuno—me han marcado profundamente y me han convertido en la persona «diferente» que soy para muchos, y la suma de todo ellos es la que ha de marcar estas memorias. Debo insistir en que hablo de lugares donde he vivido, no de los que he visitado. He podido familiarizarme con el español de América Latina, ayudado por mi labor como profesor y crítico literario, así como con el italiano, el inglés y, en menor medida, el francés. Lo que me ha llevado a leer en estas lenguas y a mirar con recelo las traducciones, por más que me ha fascinado mi trabajo como traductor y cotejar traducciones, sobre todo de poesía.

Desde muy niño, mi padre me pidió que cuidara de mis dos hermanos pequeños. De esto no puedo estar muy seguro,

porque de aquellos años recuerdo muy poco y, además, los recuerdos se me confunden con pensamientos posteriores o que necesitaba inventar. Por ejemplo, recuerdo, sí, cómo me sorprendió saber que había nacido un 12 de enero de 1939. No sólo por el frío, que parece ser que me marcaría para siempre y que fue el que me llevó a vivir en Inglaterra muchos años más tarde, sino porque pensé, con todo el pudor posible, pues se trataba de mis padres: «¿Cómo pudieron hacer el amor en plena guerra civil?». En un momento, además, en que ya empezaba a verse que la guerra estaba perdida para siempre, porque en esa derrota todavía seguimos viviendo hoy, y que la larga posguerra estaba marcada por la penuria. Después, cuando fui al colegio, apenas sentarme en la clase rodeado de cincuenta chicos de mi edad, me consolé diciéndome: «¡Cómo y cuánto se hacía el amor en aquellos tiempos difíciles, tal vez creyendo que se acercaban tiempos de felicidad!». De otro modo, ¿cómo pudieron traerme a un mundo con un futuro tan sórdido?

Por suerte yo no sabía del todo cómo se hacían los hijos. Por lo que callaban, sentía, sí, que debía de ser algo muy turbio. Pero se me olvidaba al ver a mi madre. No importaba si estaba preparando la comida, fregando el suelo del pasillo, quitando el polvo, cosiendo o lavándonos, la imaginaba siempre con tacones altos, los labios delicadamente pintados y unos igualmente delicados vestidos de seda natural. Aunque esta imagen no coincide con la que se me cruza de una mujer descuidada, con unas zapatillas gastadas y una cara pálida de expresión también gastada, tan parecida a las mujeres que veíamos subir por la carretera de Teià (por aquel entonces Teyá).

De muy niño me ponían en el jardín, junto al comedor, en un cochecito muy grande, que en realidad era un cochecuna. Y allí me pasaba la mañana. Fue entonces cuando tuve conciencia de lo que eran el tedio y la claustrofobia.

Veía a mis hermanos jugar todo el día, mientras que yo no podía moverme. En una ocasión, me asomé para ver cómo daban saltitos a la pata coja por un caracol que habían dibujado en la tierra, me caí y me salió un terrible chichón en la cabeza, del que todavía conservo una pequeña cicatriz. Mi hermana Chus un día se bajó las braguitas, orinó sobre la cuna y luego empezó a gritar: «¡Mamá, mamá, el niño se ha hecho pipí!», y mi madre se acercó mesándose los cabellos y exclamando: «¡Dios mío, Dios mío, este crío sólo nos traerá desgracias!». «El único desgraciado aquí soy yo», pensaba yo—cómo no iba a pensar, si me pasaba el día sin poder moverme de la cuna—. Y el destino se encargó de hacer realidad esta profecía.

Nací desgraciado y nací feliz. Y el momento de mayor felicidad fue cuando por fin me bajaron del cochecito y empecé a gatear y luego a tratar de caminar. Cada vez que salgo de un bar borracho intentado llegar a mi casa dando traspies me acuerdo de mí mismo cayendo y levantándome, llorando de impotencia como suelo llorar, y envidiando a mis hermanos que corrían y saltaban y reían y cantaban y nunca lloraban. Fue entonces cuando empecé a ser envidioso, y la necesidad de envidiar la felicidad ajena, a pesar de lo desprestigiada que ha quedado para mí la felicidad, no me ha abandonado nunca.

Mi vida cambió de verdad cuando pude incorporarme a los juegos de mis hermanos. Recuerdo toda mi infancia en el jardín, jugando, saludando desde el balcón a la gente que pasaba por la carretera, abriendo los cajones de la ropa de mi madre cuando mis padres se iban al cine, viviendo siempre en el presente. Pero también conocí la infelicidad, a veces de forma simultánea. Así, por ejemplo, a mi padre, aunque era abogado, le encantaba la jardinería. Y cada fin de semana volvía con semillas o con alguna planta que luego nosotros regábamos cuando él estaba en Barcelona.

Y era muy bonito ver cómo las plantas crecían y tenían flores gracias a nosotros, y yo veía la sonrisa de las flores y las regaba un poco más. Cada hermano tenía adjudicada una parte del jardín, y a mí me tocó la que estaba junto al lavadero, donde íbamos a llenar la regadera. Y pensaba que mi padre me quería mucho porque me había dado la parte más bonita. Que, además, estaba cerca de la tapia que dividía nuestra casa de la de la señora Rosa y el señor Pedro. La señora Rosa era de Olivenza y contaba cosas muy extrañas de su pueblo. También hablaba con mi madre de la guerra, de lo cara que estaba la vida y de las cosas que sucedían en El Masnou. Era una mujer muy rubia, aunque sólo más tarde supe que no era rubia de verdad porque un día me asomé a la pared que dividía nuestras casas y ella estaba en el lavadero, desnuda, lavándose, y vi que abajo tenía el pelo muy negro. Y pensé que era porque todas las mujeres tenían el pelo de abajo muy negro y rizado—al fin y al cabo no se ve—, pero mi hermana Chus, que lo sabía todo, me explicó que no era así. No me importó mucho. La señora Rosa fue mi primer amor o mi primer desnudo, y siempre identifiqué el amor con la sonrisa, el canto y la desnudez.

Además, conocíamos el pueblo gracias a ella. Tanto que ahora, en mi memoria, no puedo distinguir lo que vi en mi infancia de lo que escuché. Y es que no había diferencia. Y es así como tengo una imagen fotográfica—que luego sería también pictórica—de El Masnou. O cinematográfica, pese a que hasta mucho más tarde no iría al cine. Desde el balcón oíamos los ruidos: las sirenas de las fábricas, el canto de los gallos, la corneta del pregonero, el extraño tañido del traperero, las campanas del campanario, el pitido de los trenes y, en las noches, el penoso arrastrarse de los trenes de mercancías. Y las personas que nos saludaban: el señor Fontanills, que se paraba a hablarnos, aunque era sordo; la señora Ballester, insultando en voz alta a la señora Rosa

cuando bajaba hacia el mercado, animada por el anís; la señora Tecla, que no hablaba nunca y que cerraba dando unos portazos estruendosos, como si estuviese maldiciendo. Y la voz de la señora Rosa.

Pero la que más nos hablaba del pueblo era Marina, la mujer que venía a lavarnos la ropa. Cada rato que pasaba con ella, me parecía estar traicionando a la señora Rosa. Durante un tiempo quise a las dos—dicen que es posible—, pero luego ya sólo quise de verdad a Marina, porque ella me sacaba de mi casa (un paraíso y una prisión, como imagino que es el Cielo) hablando y explicándome cosas. Luego, cuando salí de verdad a la calle, iba contando emocionado cada uno de mis pasos y mirando cada una de las cosas en un recorrido que ahora suelo hacer de nuevo, como si fuese posible volver a la infancia. Una vez en su casa, ella me enseñaba el álbum de cromos de Gallina Blanca de su hijo Luis y me daba una copita de un licor muy dulce, que era un poco como si estuviese bebiendo de sus senos. Porque a diferencia de mi mamá, que tenía las tetas muy pequeñitas y a mí se me escapaba siempre el pezón, Marina tenía un pecho abundante y se le marcaban los pezones, muy gruesos y que yo imagino muy generosos. Por eso hoy sigo identificando los pechos con el licor y me gustaba pensar, y aún me gusta, cómo me hubiese emborrachado de felicidad si un día me los hubiese ofrecido. Porque mi amor hacia ella era el de quien ama a las madres porque son mujeres y porque son madres.

En cambio, no me enamoré nunca de unas niñas de mi edad que venían a la puerta de nuestra casa, se levantaban la falda, se bajaban las bragas, cuando las llevaban, y nos enseñaban el culo. Yo apartaba la vista con un extraño pudor y cada vez que pienso en el origen de cada una de mis inclinaciones, creo que mi atracción por los culos femeninos viene de entonces, cuando trataba de rechazarlos. Como

mi madre nos daba monedas cada vez que no nos hacíamos pipí en la cama y a nosotros el dinero no nos servía para nada, se las dábamos a ellas y se las ponían en la raja del culo, los meneaban un rato como si nos estuviesen dando las gracias con sus culos sonrientes y dejaban caer las monedas al suelo para luego recogerlas e irse corriendo carretera abajo. Y era entonces cuando lamentaba no haberlos mirado y me iba a mi cuarto a llorar y a tratar de imaginármelos. Ahora, cuando en mis paseos veo a una mujer que cierra la ventana a mi paso, me entran unas enormes ganas de llorar. Pienso que toda la tristeza que acumulo ahora es por las lágrimas que no supe llorar entonces y que se me han quedado dentro.

Los primeros paseos de verdad no fueron al pueblo sino por la carretera de Teyá. Todos los domingos por la tarde, mi padre nos lavaba con energía la cara y las orejas y nos peinaba pasando el peine como si fuese un arado. Como ya he dicho, mi padre, Joaquín, durante la guerra civil se quedó en El Masnou, de enfermero en el colegio de las madres escolapias habilitado entonces como hospital. No quiero pensar en los pobres enfermos o heridos que pudieron caer en sus manos de abogado. Me consta, no obstante, que logró salvar a muchos de morir fusilados. Era anglófilo y leía siempre el *Times* y el *Daily Telegraph*. Era respetado—entonces había gente que inspiraba respeto—por su educación y su elegancia. Y nos quería elegantes, educados, sensibles y, apenas pudiésemos, cultos. La primera lección de vida fue llevarnos a pasear para que nos familiarizásemos con la naturaleza. Con esos precedentes era inevitable que yo acabase exiliándome a Inglaterra. Fue él quien, sin saberlo, me mandó a ese exilio voluntario. Cuando mi padre estaba en Barcelona, íbamos a pasear solos, siempre acompañados por una de nuestras hermanas mayores, o por Bartolo, la autoridad de la familia cuando mi padre no estaba

en casa y siempre, hasta el día de hoy, no sé si como una bendición o una maldición, el hermano mayor. Con Nito solíamos ir al merendero o a robar racimos de uva en los viñedos cercanos a Teyá. Fue así como empezamos a tratarnos con los amables campesinos, lectores sin duda de Lucrecio y de Virgilio, que nos arrojaban pedruscos enormes y nos llamaban a gritos «*Lladres, fills de puta!*» ('Ladrones, hijos de puta'), en una viva iniciación al catalán, lengua en la que daba mis primeros pasos y que sería pronto nuestra lengua callejera, frente al castellano que hablábamos en casa.

Mi padre era aragonés. Su padre, Narciso, había nacido en Barcelona, aunque tenía sus raíces en Olot, y empezó a ejercer como ingeniero industrial en Zaragoza. Mi abuela, una mujer de pelo en pecho, impuso el castellano como lengua familiar. Cuando mi padre tenía diez años, se trasladaron a Barcelona, a la Rambla de Cataluña 125, en un piso que haría historia. A diferencia de su hermano Juan Ramón y de su hermana María Jesús—ambos más jóvenes que él—, aunque posiblemente no se sintiese muy barcelonés, desde luego nunca se sintió aragonés. Mi madre procedía de una familia campesina de Xert—para nosotros Chert—hasta que conoció a mi padre, se metieron en el piso de Barcelona y luego se trasladaron al que sería mi Masnou. Mi madre hablaba en catalán—en su caso, en valenciano—con la gente del pueblo: con Marina; con Ventejo, el jardinero; con Ramentol, el carbonero; con los otros Ramentol, los recaderos que nos traían el aceite y el trigo de las tierras de mi abuela en Híjar. Yo no era consciente de que acabaría conviviendo con las dos lenguas, a las que luego añadiría, como ya he dicho, el italiano y el inglés. Con cuatro lenguas, ¿no tengo derecho a ser hablador? Aunque esto lo dejo a los que sólo tienen una, que son los que más hablan.

La entrada del catalán en mi vida coincidió con mi entrada, por así decirlo, al pueblo, ya que nosotros vivíamos en

lo que entonces eran las afueras. A los seis años fui al colegio de las madres escolapias, muy cerca de casa. Yo, el envidioso, envidiaba mucho a mis hermanas y a Bartolo, que leían libros y revistas y hablaban de lo que habían leído. Entonces les pedí que me enseñaran a leer. En el colegio, mi primera maestra fue la portera, la madre Milagros, que enseñaba a leer y a escribir a los niños recién llegados. Abrió un libro con sílabas y dibujos y, sin que me lo pidiera, yo empecé a leer: «casa», «mesa», «luna», «sol», tras lo cual ella se levantó exclamando «¡Milagro, milagro!», y desde entonces asocio siempre los milagros con aquella monja encantadora. La verdad es que yo sentía la lectura como un verdadero milagro: convertir las letras y las imágenes en cosas. Y también, cuando llegaba a casa, convertía la mesa y las sillas del comedor, el sol y la luna del jardín, en escritura. Y ya desde entonces vivo en esta luminosa e incesante metamorfosis y en esta fusión.

Al poco tiempo, cumplida la etapa de aprendizaje, subí al primer piso, donde estaba la madre Rita, una mujer coja que calzaba un zapato con alza talonera, de labios muy gruesos, casi obscenos, excelente profesora y huraña, pero tras cuya hosquedad se ocultaba una muy buena persona. Allí el catalán empezó a convertirse en la lengua franca entre los alumnos.

También aprendíamos canciones en catalán. Traían muchas monjas de fuera, pero nunca consiguieron castellanzarnos del todo. Porque además la calle era en catalán. Desde entonces, yo he visto el catalán no como expresión del nacionalismo, sino como de libertad y de solidaridad.

Lo primero que se borra de nuestra memoria (una habitación cada día más vacía y más llena de engaños, ¿a quién se le ocurre empezar unas memorias a los setenta y cinco años?) son los nombres. Aunque el de Fortuny no lo he olvidado, porque era imposible desligarlo de su extraña cos-

tumbre: abrirse la bragueta (no todos llevábamos braguetas) y enseñarnos, muy orgulloso, un pito morado, de un tamaño extraordinario para su edad. Lástima que entonces no podía imaginarme la reacción de una niña al ver aquel miembro—pues ya era merecedor de este nombre—. Desde entonces, culo de las Eloíisas, limpias de toda impureza, pervive en mi memoria como la bella imagen del candor, en contraste con la polla morada de Fortuny.

En casa nos asomábamos al balcón que daba a la carretera y veíamos cómo los caballos sacaban sus enormes vergas que casi rozaban el suelo, y se ponían a orinar un hermoso y caliente chorro amarillo que desprendía vapor y formaba espuma; ese otro contraste entre el líquido y la monstruosidad de los sexos se ha difuminado debido a mi amor por los caballos, hasta convertir el recuerdo en una imagen hermosa. Y hablando de penes, estaba también el del hombre de la gabardina, siempre distinto y siempre anónimo, que necesitaba exhibirlo ante las mujeres: yo nunca lo vi, pero a veces es más *visible* lo que imaginamos que lo que vemos. Y el de los masturbadores del torrente por el que a veces suábamos para ir a los viñedos.

A los siete años ya me dejaban volver del colegio a casa solo y conocí por primera vez el verdadero miedo. No el de cuando uno está en la oscuridad de su dormitorio, sino el de la vida real. En invierno a esa hora era ya de noche, se agitaban las ramas del gigantesco eucalipto de casa Prats y temblaban con un estremecedor gemido las farolas, que arrojaban más sombras que luz. No eran los ladrones, los asesinos, los toros callejeros ni los perros rabiosos lo que me hacía apresurar el paso, sino los ruidos de una noche prematura. Y el peor momento era cuando llegaba a casa, la verja de la entrada estaba cerrada y yo tocaba la campana como si de ella dependiese mi salvación. Siempre he querido mucho a aquella campana y su sonido, porque la iden-

tificaba con las del campanario de la iglesia, y era como tener un campanario en casa.

¿Dónde están mis cinco hermanas y mis dos hermanos? Los dejé en el jardín o en la mesa del comedor, porque de pronto lo que me ocurría me ocurría solamente a mí y son muchas las vivencias de entonces en las que estaba solo, como si hubiese nacido hijo único. Y en esta soledad radical viví la primera experiencia traumática, que me enseñó que donde está el mal puede hallarse también el bien, y con ella entré en la madurez para siempre, en la brutal soledad de la madurez. Tenía ocho años y por primera vez se me abrieron de par en par las puertas del pueblo. Al dejar las madres escolapias ingresé en la Academia Balmes, a unos siete minutos caminando (¡todo se hacía caminando!) de casa. Calle sin asfaltar, flanqueada por hermosas casas, algunas de las cuales aún se conservan. Una de las últimas albergaba la academia. Con otro tipo de público, por llamarlo de algún modo: allí se mezclaban todas las clases sociales en un momento donde las clases estaban muy marcadas.

Muchas de las cosas que sé ahora las aprendí entonces, sin necesidad de acudir a ninguna enciclopedia. Por supuesto, la geografía, lo que mejor aprendí, ha quedado desfasada, el mundo sigue siendo el mundo, pero no el reparto ni los nombres que les han ido dando en este reparto. Allí empecé a leer fragmentos del *Quijote* y de otros libros que yo, buen lector, leía en clase en voz alta. Todavía no era el desastre en matemáticas que sería luego, y del mismo modo que años más tarde el padre Torelló me puso un veinte en literatura, llegué a conseguir un menos veinte en matemáticas. No sé bien cómo, pero las matemáticas, repito, no son lo mío. Hasta que estudiamos la división yo fui un niño prodigio. Pere Ribas—imposible olvidar este nombre—era muy buen profesor y yo, su alumno preferido. Para mi desgracia. Porque en una de las clases me hizo subir a la tari-

ma para que explicase algo mientras el resto de los chicos escribían una redacción. De pronto me tomó la mano, sentí una espesa masa de vello y ya no puedo contar más. Lo he contado ya en *La inocencia lesionada*, que como novela que es resulta más impactante y más exacta. Todos los sábados iba a la academia, nos sentábamos en la terraza y empezaba la exhibición y los toqueteos. No, yo no era ningún adulto. Yo ya me había enamorado de tres mujeres, pero para pensar en ellas, no para tocarlas ni besarlas. No tenía edad para estar con un hombre desnudo masturbándose y pidiendo que le masturbara. Y lo más curioso es que yo llevaba una doble o, mejor dicho, una triple y aún cuádruple vida sin que una afectara a la otra. En la academia era un buen estudiante y me gustaban las clases, pero al mismo tiempo estaba pasando por una experiencia que sólo con el tiempo se me revelaría traumática. Era el número cinco de mis hermanos, pequeño entre los mayores, mayor entre los pequeños. Y así sigue siendo, aunque ahora, con mi hermana mayor muerta soy el número cuatro. Y entonces estaba descubriendo y viviendo la calle con la misma emoción con la que Colón descubrió América y con el mismo afán de conquistarla.

En cada una de las situaciones era una persona distinta, pero donde más se afirmaba mi verdadera personalidad era descubriendo el pueblo con mis amigos. De los que hoy apenas me acuerdo. Se me confunden los de las madres escolapias con los de la academia. A la hora del recreo jugábamos en la calle y sólo interrumpíamos el juego cuando pasaba algún carro, con la esperanza de que el caballo no dejase allí su humeante estiércol. Al salir de la academia, íbamos a un patio que había en La Calandria, ahora la terraza de un bar, y jugábamos al fútbol con pelotas de trapo que hacíamos nosotros: verdaderos trapos cubiertos, en lugar de con cuero, con un calcetín. No nos importaba

mucho ganar. Lo que queríamos era correr y estar juntos. Por suerte, porque yo ganar no lo habría conseguido nunca: creo que he sido el peor jugador de fútbol de España, aunque nosotros de España no sabíamos nada, sólo lo que aprendíamos en el colegio.

Como ya he dicho, a los nueve años fui a vivir a Barcelona, al piso de mis abuelos de la Rambla Cataluña, junto con mi padre y mi tío Juan Ramón. Empecé a estudiar en los padres escolapios de la calle Balmes y me olvidé por completo de mi turbio pasado. Mis nuevos amigos eran muy distintos, como lo eran los compañeros de clase. Recuerdo al más empollón, Canals, a quien sólo le hacía competencia Carles Babot, más inteligente y más simpático. El más alto era Jordi Baiges. Yo era entonces un chico de estatura media y cuando, años más tarde, nos vimos en una reunión de ancianos nostálgicos, a él le sorprendió tanto como a mí que fuésemos casi de la misma altura. No que él se hubiese encogido, sino que yo no había dejado de crecer hasta los diecinueve años.

Quien más nos impresionaba era Mallorquí, el hijo del autor de una de mis lecturas favoritas, *El Coyote*, sólo comparable a la que años más tarde fue el *Quijote*. Me impresionaba César Echagüe, que era lo opuesto a la familia Mallorquí. El padre y la madre iban a buscarle a él y su hermano al colegio y cuando subían al coche éste parecía que los amortiguadores iban a ceder. Ser gordos les hacía apacibles, y entonces no era consciente de que muchos de nosotros habríamos cambiado nuestros padres por el suyo. Desde muy pequeño me habría gustado ser hijo de escritor, aunque luego, por supuesto, era lo último que hubiese deseado en el mundo.

Mi mejor amigo fue, a lo largo de todo el bachillerato, Mario Páez-Centella García-Diego, ya desde pequeño